

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

"Bien faire et laisser dire."



DARIO HERRERA
DISTINGUIDO LITERATO ISTMEÑO

Párrafos sobre Darío Herrera



ESCRIBIR un juicio crítico sobre Darío Herrera y su obra literaria, sería de mi parte una temeridad en que no he de incurrir seguramente, pues por ningún motivo quiero tener luego que arrepentirme de semejante pecado. Y es que yo juzgo que la crítica, y sobre todo la que sobre arte se hace, debe verificarse por aquellos que estén siempre á mayor altura que la cosa juzgada, y de no ser así—como no puede serlo en todos los casos—por los que teniendo comprensión suficiente para apreciarla en su conjunto y sus detalles, puedan decir con entera verdad: de escribir yo esto, lo hubiera hecho mejor que el autor que estudio.

Es esta la causa de que niegue rotundamente el derecho que á menudo se usurpan las mayorías filisteas de emitir juicios descabellados sobre cosas que no entienden en absoluto; y apropósito de esos juicios

traigo á la memoria siempre que el caso ocurre el que acerca de la estatua de Apolo ejecutada con admirable maestría por un genial escultor rindió un serio jumento que dirigió todas sus alabanzas al bazo fresco que la cubría para resguardarla de los golpes en la translación del taller al templo en que iba á ser colocada.

Como ese magistral borrico me represento al gran golpe de mortales ufanos por emitir conceptos y opiniones que nadie les pide, sobre un cuadro notable, una partitura original y de rica melodía, un poema, una novela ó un estudio sobre la armonía de los colores. Sus decisiones y sus simpatías están siempre de parte de lo que llega á halagar más fuertemente sus aspiraciones mediocres de burgueses repletos de vulgaridad, y son ellos los que á son de campanillas, cascabeles y bombo furioso proclaman el triunfo de lo común sobre lo raro, de las frases que no son ni puñales que causan heridas ni bálsamos que las curan sino simplemente sedativos inútiles, sobre esas frases, sobre esos períodos, que marcan el fin de una época ó el principio de otra, que derriban viejos altares ó abren nuevos y espléndidos horizontes.

Noto ahora que debiendo hablar sobre Darío Herrera llevo hilvanado gran parte de mi discurso y hasta aquí sólo he sabido hacerlo de mi mismo, vanidad hoy común á la mayoría de los escritores y en la que he caído sin hacer cuenta de ello. Es todavía, sin embargo, tiempo de que enmiende el imperfecto y hable sobre el compañero ilustre, ya que éste es el objeto primordial que me he impuesto.

Después de lo dicho en los párrafos anteriores, es fácil comprender por qué yo no me juzgo competente para emitir juicio crítico sobre Darío Herrera. Los que conocen á este eminente literato, lo mejor hoy por hoy en mi sentir entre los hombres netamente de letras conquie cuenta Panamá, y conozcan así mismo al modesto prosador que estas líneas escribe, juzgarán con mejor acierto de mi renuncia. Hay además otra causa que me haría indudablemente ser parcial en demasía con los defectos, lunares y faltas que en su obra tiene Darío; y digo tiene, pues no es de creer que le falten cuando ni los príncipes del ingenio tales como los Cervantes, los Calderones, los Quevedos y los Luises de León están libres de ellos. Esta causa es la de haber sido Darío para mí una especie de Mentor cuando empecé á borrar

cuartillas, dándome algunas pocas pero eficaces consejos muy de agradecer, y abriendo ante mi vista derroteros felices para llegar con talento y laboriosidad á escalar las cimas del arte.

Sin ser tachado sin embargo de parcial me atrevo á decir que como prosador Darío es delicioso. A través de sus párrafos correctos, atildados y encantadores se descubre al artista nervioso que se preocupa mientras escribe de la factura de su obra y por ningún motivo deja deslizarse entre lo escrito un adjetivo inútil ó un vocablo malsonante.

Generalmente se nos acusa á los partidarios del arte moderno por los santones hipócritas, por los sepulcros blanqueados rémora de nuestras sociedades primitivas, de enemigos de la moral. Es verdad—y yo soy el primero en reconocerlo—que para la mejor comprensión de la belleza artística es, salvo raras excepciones, preferible el desnudo, en punto tal que para esas pobres gentes de ideas anémicas parece monstruosidad. Yo no sé qué piensan ellos de la Belleza, pero sí digo que no habría para que visitar París é ir al Museo del Louvre—por ejemplo—si la Venus de Milo en lugar de estar colocada en una vitrina mostrando con orgullo la corrección de sus formas, la pureza de líneas de las caderas y la pompa de sus senos, estuviese cubierta con lujoso chal de seda que ni aún modelara sus perfecciones en el prodigio artístico que animó á Scopas.

Pero Darío es á este respecto impecable, pues sin dejar de amar por una parte el desnudo, ni llegar por otra á la intransigencia puritana, es un escritor que puede ser leído sin temor por la más casta doncella. Sus frases insinuantes, sugestivas, sin decir nada para unos, ofreciéndoles solo el encanto de su artificio, lo dejan comprender todo si es el lector perspicaz hombre de mundo que sabe lo que hay más allá de una sonrisa y todo lo que promete un beso apasionado.

El parece haber tomado de modelo á Flaubert, y aspira á la alta gloria de la frase impecable. Descontentadizo y exigente, jamás usa un adjetivo que no dé idea exacta de lo que se propone manifestar. En esta tarea es incansable y lo hemos visto pulir y repulir un solo párrafo con una laboriosidad obsesionante y á la manera de un buen artífice que labra una joya con el gusto y paciencia de un Benvenuto Cellini.

Su libro *Horas Lejanas*, acogido con general aplauso por la élite intelectual de la Amé-

ESTOICOS

I

Frente á frente al destino y á la vida,
Sin lástima al caer, sin indignarse
Porque el malvado logre coronarse
Con los girones de virtud vencida.

Sin odio, sin amor, sin inmutarse
Porque no hay honra que no esté vendida,
Ni carne humana que no esté podrida
En la ola atroz que marcha á desbordarse.

Verlo así todo pasar: sin temores,
Ni asombros, ni ambiciones, ni dolores
Inútiles al fin: tan solo calma.

Que embalsame mi dulce indiferencia,
Confundiendo el abismo y la eminencia
En el desdén olímpico del alma.

II

Nada por nadie, sí, nada por cosa
Que pueda conmover mi antipatía
A la plebeya adoración que fía
De esperanza fugaz y mentirosa.

Nada de amor, belleza y alegría,
Ni hermosa dama, ni adorable rosa,
Ni virtud catoniana, ni dolosa,
Ni dudas, ni valor, ni cobardía.

Sólo un rayo de poesía que tenga
Perfume soporífero, y que venga
En mis horas de calma imperturbable,

A iluminar este hórrido presidio,
En donde á veces goza mi fastidio
Contemplando lo vil y miserable.

SIMÓN RIVAS.

rica, es, como dice Manuel Ugarte, bello de toda belleza; y sus páginas delicadas y sonoras traen recuerdos de Martí y de Gutiérrez Nájera, y del maestro Rubén y de Urbina, y de Manuel Díaz Rodríguez, los grandes estilistas modernos de América con quienes alterna airoosamente nuestro conpatriota.

Hablar de Darío Herrera en cualquier centro intelectual latino americano, nos decía hace poco Emiliano Hernández, el gallardo intelectual venezolano, es hablar de un camarada justamente apreciado; y ustedes deben estar orgullosos con él, único que por sobre las vanidades de la parroquia que mueren envidiándole, hace recordar á Panamá en las esferas de la inteligencia. Y Pichardo, el gran Pichardo, lo acoge en la Habada con cariño, y por no ser menos que la pléyade bonaerense los literatos cubanos lo festejan y celebran tal como á un enviado de Apolo que llegara á las reuniones corintias.

La poesía de Darío Herrera es altamente sugestiva y psíquica. No se conforma con dar salida á los hijos del espíritu de manera objetiva y mediocre, sino que subjetivando por decirlo así sus impresiones, es un poderoso analítico de la rima que crea ritmos especiales para expresar sus sentimientos, realizando asombrosamente una obra de selección divinamente bella. Por esto sus versos que fluctúan entre Mallarmé, Leconte de Lisle y Verlaine, no son para recitados por las bocas torcidas de las muchedumbres ególatras, cuyo bajo nivel intelectual, aquí como en Madrid, en Montevideo como en París, aterroriza á los creadores y hace decir á Rubén Darío: odio las masas porque sé que algún día deben llegar hasta ellas mis versos aristocráticos.

No de otro modo que al ya expuesto y usado por Darío, concebimos nosotros la poesía en la época actual. Están tan gastados los recursos dramáticos, los lirismos á regañadientes con que aturdió el buen gusto la pléyade romántica del siglo pasado, que nuestra emotividad, más exigente, no vibra de manera intensa y real sino al influjo de hondas impresiones. Hablamos desde luego de cierto número de personas—que pueden ser un ciento ó pueden ser un millón—mejor dispuestas que el resto de los descendientes de los cunas, chorotegas y caribes para la asimilación artística que refinados y exquisitos no se conmueven con las ramplonerías de bardos agrestes y primitivos á la manera de Mosén Jacinto Verdader. No son las estrofas insulvas de Puga y Acal, ni las imprecaciones huecas y rimbombantes del poeta bogotano, ni las sencillez vulgares de Sellén, ni los gemidos interesados de Peza, ni menos los versos *rough* de Carlos Arturo Torres lo que nuestra idiosincracia reclama. Son otros poetas los que preferimos: son Rubén Darío y Leopoldo Lugones y Santiago Argüello, los magníficos; son Andrés Mata y Amado Nervo y Serafín Pichardo, los inspirados; son Angel de Estrada y Ricardo Jaimés Freyre y Guillermo Valencia, los exquisitos; son Bonifacio Byrnes y Víctor Razamonde y Víctor Londoño, los profundos; y con ellos Leopoldo Díaz y Manuel Ugarte y José Chorrano, vibrando todas las cóleras y cantando todas las ilusiones, los que nos cautivan. Hay en ellos unida á la inspiración poética que tienen también los otros, más sensibilidad, más gallardía, más sugestión, y sobre todo un buen gusto de factura netamente aristocrática y un estudio hondo y meditado de la naturaleza humana á través de la propia personalidad.

Sirven las líneas que llevamos escritas para el elogio del compatriota; para su gloria bastan sus versos y sus *Horas Lejanas*, películas sensibles en que queda su yo retratado de acuerdo con las impresiones del momento, pero mostrándose siempre en toda la gallardía de su elevado nivel intelectual.

Guillermo Andreve

Para Dolores Hallarino

*Para pintar tus gracias, bella Lola,
de un Apeles el genio yo quisiera,
porque tú tienes tumbos como de ola,
porque tienes vaivenes de palmera.*

*Tu voz es el gemido de una viola,
y la belleza que en tu ser impera
es un pendón de triunfo que tremola
al soplo de una hermosa primavera.*

*Cuando bajo de las admiraciones
te adelantas altiva y sin sonrojos
vistiendo de secretas sugerencias,*

*temo la Dalía de tus labios rojos,
porque yo sé de muchos corazones
que ha quemado el incendio de tus ojos.*

DIONEL.



Cinematógrafo de viaje

PARA RAMÓN F. ACEVEDO Y RAMÓN M. VALDÉS.



TARDE de suave melancolía. Un viento sutilmente frío, finge al pasar murmurios de rezo. En el cielo, opacidades lánguidas, de las cuales se tamiza la llovizna, silenciosa como lantos internos sobre nostalgias lejanas. El aspecto de Lima se modifica. La semana anterior hubo lujo de azul, derroche de sol; y la naturaleza, como arrepentida de esa explosión de calor y de luz, envuélvese discretamente en un velo grisceo, para de esta suerte establecer la armonía secreta de las cosas visibles con las evocaciones pretéritas, en esta ciudad donde aun late el alma fragante de otros tiempos.

Es encantador entonces asistir al vaivén rápido de las limeñas por las calles centrales, en una atmósfera cuya densidad turbia, para las coloraciones del vestir, es pátina realzante. Y más llenas de encantos son estas vistas en el *Paseo Colón*. El claroscuro creado por el ambiente acuoso y la palidez del cielo, inmortaliza los objetos. Las tonalidades de la vida vegetal se aterciopelan, y puliméntanse las ulceraciones de los troncos y las ramas, venerables de ancianidad. Las primeras penumbras crepusculares aumentan el prestigio de esas desvanescencias, de esas irrealidades; y como todo es propicio para la divagación y el ensueño—hasta las siluetas de mujeres jóvenes vislumbradas á distancia—la memoria revive fragmentos del pasado.

Recuerdo otra tarde, también en el comienzo de Diciembre, cuando, con un amigo, penetré en las suntuosidades del *Astor*. El hotel nos ofreció, en uno de sus comedores, un amable descanso. Ese primer día neoyorkino pesaba en mi cerebro como algo fabuloso. Aún sentía el zumbido de los *trams*, en fuga loca sobre el asfalto de las calles, y sobre las crepitantes planchas metálicas de los "elevados;" el estruendo caótico de la Bolsa; las vociferaciones de los mil *réclames*, sucediéndose por segundos, con una acometividad exasperadora, y en

las retinas, el mareo del oleaje humano por Broadway, el hervidero de los grandes almacenes, en la maravilla de su complicado mecanismo, el desfile de las casas ciclópeas, erguidas en un ímpetu asombroso de altura, como ávidas de aire y de cielo... En donde quiera, el pululamiento de las muchedumbres, en un delirio de trabajo, en un vértigo de empresas inauditas; y, por entre ellas, á ratos—tal un bello mariposeo en una seiva del trópico—la visión de siluetas femeninas, en plenitud de gracia y de fausto invernal. En el aire, niebla, frío; brevedades diurnas, crepúsculo fugaz, y luego, el resurgimiento radioso de la noche. La enorme metrópoli, transfigurada, resurgía espléndida, con las fulguraciones policromas de las vidrieras, de los avisos, de todos los *réclames*, infinitas, obsesoras siempre, pero ya hermosas, por la magia de la sombra y las fantasías de la luz. En el comedor, una temperatura de estío. Verdaderos de plantas cubrían los racimos de las incandescentes, exornando el claro barniz de las columnas y del plafón. La orquesta, invisible, tocaba; y en el muro, una fuente, á la manera rústica, vertía, desde un bosquejo, sus aguas cantantes.... "No tenemos prisa—me dijo el amigo—después que el mozo nos sirvió el café—podemos oír un poco de música y ver la concurrencia...."

Tampoco ahora tenemos prisa. Así, con el pensamiento os traslado á otra ciudad, menos prodigiosa que la norteamericana, menos joyante que la capital de Francia, pero, cuyo espíritu participa de ambas, y tiene, además, para nuestros países tropicales el incentivo de lo desconocido. Por eso, con el soberano poder de la mente, sintetizo para vosotros algunas manifestaciones de su vida mundana.... Porque á veces engendra hastío la monotonía en los seres y las cosas, y bien es cambiar los aspectos de la vida como los cambia la naturaleza.

* *

El alto mundo bonaerense, tan impregnado de la esencia de París, deja al Congreso y á los miembros del Ejecutivo la tediosa tarea de

resolver las cuestiones de la política, entre efervescencias de discusiones parlamentarias, y dedica sus horas de sol y de estrellas á las diversiones amables, propias de los grandes centros. Existencia suntuosa y multiforme; donde tiene su imperial triunfo la mujer.

Apenas terminó la temporada de invierno, brotaron para ese mundo los nuevos goces, más amplios y pictóricos, de los espectáculos primaverales. Á los agrupamientos en los recintos herméticos de los salones y teatros, sucederán las fiestas á pleno aire, con ilimitación de horizontes, coloridos de cielo, adornos florales y luminaria de sol. Mutación necesaria para dar nuevos aspectos á los atavíos femeninos....

Entre tanto, el invierno fué pródigo en regocijos mundanos. Bailes, five o'clocks, teatros.... Los que habéis visitado á París conoceréis, sin duda, la mejor casa de té—Rumpelmayer—en la rue de Rivoli, frente al jardín de las Tullerías. Mientras en éste bandadas de chicuelos juegan, bajo la vigilancia de las institutrices y de los papás, ó miran cómo en torno del adiestrador retozan parvadas de palomas, en el establecimiento lujoso congrégame, en las horas de la tarde, el París de las elegancias exquisitas y de las prodigalidades millonarias. Parte de esa concurrencia, embriagante por sus encantos, viene del "Palais de glaces;" es la seria, la apta á los amores sinceros y á los "flirts" deliciosamente inofensivos. La otra va; es la alegre y al mismo tiempo triste, porque da el placer, comprado á costas de la fortuna y de la salud.

Todavía no hay en Buenos-Aires un sitio de reunión semejante. Las confiterías "El Gaz" y "El Aguila" son remedos modestos de aquella. Sin embargo, en el buen deseo de adoptar en lo posible las cosas bellas de París, se progresa siempre en la estética mundana; y la nueva casa de té, abierta en la calle de Florida, traduce ya una vaga semejanza. El contingente serio de frecuentadoras lo hay, con más atractivos que el de la Ville Lumiere, por

ser todo conocido. Falta esa otra concurrencia, sutilmente perversa, pero más decorativa para los ojos impresionistas, y de intensa curiosidad imitadora, en las toilettes, para las mujeres honestas.

La inauguración del establecimiento dió motivo á una festividad social, con fines filantrópicos. La teoría de muchachas, frescas y lindas en sus trajes negros, que en el Rumpelmayer circulan por entre las mesitas, atendiendo los pedidos, la reemplazaban señoras y niñas de la aristocracia porteña. El acto resultó hermoso. Florida agregó ese día un esplendor más al que diariamente ofrece en la temporada invernal. Con el pasar constante de coches y automóviles y de grupos á pie, en las horas de la tarde, cuando la sombra prematura pone en ella apariencias nocturnas y las grandes vidrieras irradian sus contenidos fúricos, hay en esta calle todo un triunfo de hermosura y de boato...

Pero es en los coliseos líricos y dramáticos donde muestra Buenos-Aires toda su opulencia. Cada año hay alguna novedad interesante y costosa. En éste Coquelin y Sara Bernard. En el Odeón actuó la compañía del Real de Madrid, y luego la del Gaité de París. En el Argentino una de operetas y bailes franceses; y como curiosa delicadeza de arte, los conciertos de María Isabel Currubato, célebre pianista á los nueve años de edad. El invierno pasado, recibióse la vista de Saint Saens; y ahora la de Puccini. Así, la Opera, en homenaje al maestro italiano, dió preferencia á sus partituras... Manón, Bohème, Tosca, Butterfly y Edgar, tuvieron para el autor el deleite exótico de verlas en la escena, en una capital de Hispano-América, con la misma riqueza de decorados—é irreprochable ejecución que en la Scala, ó en la Gran Opera de París, ó en el Metropolitan-House de New York... Pues en este punto, nada tiene que envidiar á Europa y á los Estados Unidos: la población bonaerense; y encontráis acá algo difícil de encontrar en otra parte: lo homogéneo en distinción, lujo y belleza de sus concursos auditores. El cuadro es soberbio y bien merece, aunque sea rápida, una descripción.

* *

Figuraos un día crudo de invierno. De un cielo espeso, como hecho de condensaciones de tristezas, se filtra copiosamente la lluvia, empapando las calles. Florida en la tarde estuvo

casi desierta. Apenas si escasos *cupés* la recorrian, invisible su contenido, vacilante sus fuertes caballos sobre el resbaladizo pavimento. La humedad pluvial empañaba los lustres de las vidrieras. Bajo los paraguas, dentro de los largos sobretodos, los transeuntes iban veloces, sintiendo la agresión, como alfilerazos, de las ráfagas fluviales. Jóvenes obreras, recogida la falda de lana, airoso el talle, las mejillas bermejas, libres sus brunas ó blondas cabezas de madonas, cruzaban ágiles por las esquinas, en busca del tranvía hospitalario... La lluvia en la noche es más copiosa, el cielo más triste, el viento más glacial, más agresivo. Es función de estreno, ó de gala, quizás la del nueve de Julio. Y cuando el coche os deja á la entrada del primer coliseo lírico, y penetráis en el cálido vestíbulo, aún guardais en el oído el rumor monótono del agua; en la carne la sensación tritante del agua; en los ojos, la visión desolada de las calles.

Por las escalinatas de mármol, laterales, suben grupos, en la riqueza de las pieles hiperbóreas. Otros trasponen la púrpura de los cortinajes aisladores... Son las diez; comienza el segundo acto. En la semi-obscuridad de la sala—mientras Carusso desgrana la potencia melódica de su voz, dominadora de las orquestaciones de cien instrumentos—veis, como al través de una bruma, ilusiones de telas coloridas, vaguedades de rostros juveniles, líneas indecisas de bustos, en filas compactas, sobre la baranda de los palcos y en la amplitud de la platea. El

Navidad

Sonríe la Noche-buena con rumorosa alegría, y como una ánima en pena ronda mi melancolía.

Un triquitraque resuena, y una beata, adusta y pía, lleva una gran azucena para la Virgen María.

En la ermita parroquial forja un silencio mortal la desfalleciente luz, y una pobrecita anciana besa con unción cristiana al santo Niño Jesús.

EMILIANO HERNANDEZ.

1905-

telón cae lento; los aplausos truenan; los actores reaparecen... Vuelve á ocultarse el escenario; y de pronto, ante el deslumbramiento de las pupilas, todo el recinto se enciende, bajo cataratas de luz.

Entonces es aquello como una fulguración de apoteosis. El vasto hemicíclo, en sus cinco pisos, aparece desbordante. En los palcos del tercer rango, en los pasillos de salida, las pecheras, las corbatas y los cuellos masculinos dan su nota de nieve. Sobre la entrada, frente al escenario, el palco presidencial, con el cuerpo diplomático. A los flancos, en el primero y segundo balcón, en el rojo sombrío de la baranda y del muro, galerías de mujeres recobran relieve y gracia, ante el esclarecimiento prestigioso de las mil incandescentes. Entre las vaporosidades de las vestes, los descotes muestran armonías de curvas en los brazos, el seno y la garganta. En las tersuras de la piel, morena ó láctea, el ritmo de la vida crea sutiles concordancias de contornos, suaves acordes de tonos. La carne tangible se espiritualiza, y tórnase plásticos el matiz, la línea, la expresión. Ramos de flores prenden del barandaje de los palcos, y flores adornan los pechos y las cabezas, entre el chispear prismático de la pedrería. Tal busto surge incomparable, cual extraído del molde de la Venus victoriosa del Louvre. Alguna virgen, con su fino torso y puro rostro oval, coronado por el áureo peinado artístico, en su traje azul ó blanco, podría ser la heroína del más feliz poema de amor. Vibran murmullos de conversaciones discretas; crúzanse vuelos de miradas solicitantes con vuelos de miradas prometedoras. Y todas esas femeninas, armónicas figuras, con actitudes y gestos de una viviente estatuaría, son las mismas con quienes hablásteis en el baile reciente, en la mesa amiga, en la sala íntima á la hora vespertina del té. Y evocaréis quizás muchas veces el timbre de la voz, trémula de emoción, en algún franco abandono, ó el resplandor diáfano de unos ojos, cuando, al influjo de la palabra, sorprendisteis con los vuestros rincones ignotos del alma...

El telón se alza. Carusso prepara el triunfo de su *Furtiva lágrima*; y en la penumbra crepuscular de la sala, el recuerdo perpetúa las impresiones, afinadas hasta la idealidad por las ondas musicales. En el exterior persisten la lluvia, el viento, el frío, bajo la noche negra.

Lima—1905.

DARÍO HERRERA.



Rondeau.

Para Manuela Arosemena,
en traje de odalisca

Baila odalisca gentil
la danza alegre y sin tino;
báilala que ya adivino
tu gallardía juvenil.

Deja que una vez y mil
—pues te encontré en mi camino—
te mire alegre y sin tino
bailar la danza sutil.

Y puesto que ya imagino
todo el tesoro divino
de tu gracia juvenil,
la danza alegre y sutil
baila odalisca al arrímo
de mi entusiasmo febril.

STELIO.



Gabriel Arango Valencia

ARANGO Valencia es antioqueño y vive actualmente en Barranquilla. A pesar de ser Antioquia la más saxon de las provincias colombianas, fértil ha sido en hijas de arte esa tierra que vió nacer y erguirse la cabeza rebelde y altiva de Juansho Uribe, que entra por la honorabilidad de su verbo trascendental en la línea de las águilas, junto con José Martí, Montalvo y Manuel Díaz Rodríguez.

Pertenece Arango Valencia á una generación brillantísima de ingenios: Londoño, Alberto Sánchez, Ismael López, el admirable Manuel Cervera, Delio Seravile, Moreno Alba, Luis Carlos López, etc. generación que informa el movimiento literario de Colombia, abriéndose cada cual ruta propia, por la selva llena todavía de la música wagneriana de Ritos.

El amable compatriota de San Juan Cano es un entusiasta admirador—y más que admirador devoto de la capilla del Arte nuevo—No es una exageración decir que tiene el alto don comprensivo que se requiere para la lectura de los Maestros y puede decirse que Arango Valencia tiene profunda fé y convicción profunda en el triunfo próximo del Arte, fino y divino, en el nuevo rumbo literario de la época. Relativamente Arango Valencia es un inédito, pero dice Edgardo Por que mejor se siente y goza el Arte en la intimidad que en la publicidad.

Cortés y jovial, poseído de una índole moral excelente, sentimental en el sentido de arte más que cerebral, porque Arango Valencia como Muñoz y Labastida, el chileno genial, cree más en el arte de emoción que en el arte de imaginación, al publicar su retrato hacemos una obra de cumplida simpatía al vibrante



GABRIEL ARANGO VALENCIA

te amorador de la Belleza y del Arte, de cuyas páginas breves, pero fáciles con una facilidad georgana, se desprende ese encanto fugaz y audaz de los poemas que en días mejores cantaban los enamorados de Grecia á la diosa Afrodita, la diosa soberana y eximia, que cruza la floresta lírica del Himno Perpetuo.

I. L.

Los dos períodos más ilustres de la literatura italiana



EN el espacio de tiempo que la literatura ha recorrido desde su origen hasta nuestra edad, dos siglos especialmente han sido reputados como mas fecundos que todos en escritores renombrados. Son estos siglos el décimocuarto y el décimosexto.

Las tinieblas de la ignorancia y de la barbarie en que yacía la Italia después de la caída del imperio romano fueron interrumpidas por algunos rayos de luz al levantarse el imperio occidental por obra de Carlomagno, pero muy pronto volvieron á reinar más espesas bajo los degenerados sucesores de él. Por consiguiente, la luz verdadera y durable no se hizo sino cuando comenzaron á surgir los comunistas italianos y con ellos la libertad, madre y maestra de las letras y del arte.

Entonces los distintos elementos de cultura esparcidos en Italia por los escritores eclesiásticos, por la filosofía escolástica, por la civilización de los árabes, quienes habían fijado sus domicilios en algunos puntos de ella, por el conocimiento de lejanos países y en particular del

Oriente adquirido en las Cruzadas, y por el ardor de los espíritus en las contiendas entre la Iglesia y el Imperio, tuvieron ocasión de germinar y producir sus frutos. Pero cuanto más tendía á difundirse la cultura entre las muchedumbres, tanto más sentíase la necesidad de hallar también un medio popular para comunicársela. En la noche de la edad media la lengua latina se había ido siempre corrompiendo y en su lugar surgían aquí y allá diversas lenguas, que por su conexión con ella se suelen llamar neolatinas. A formar estas lenguas concurrían la lengua popular (que aún en los tiempos de su mayor esplendor para aquella literatura ya sonaba distinta, especialmente en las terminaciones, á aquella que usaban los grandes escritores), gran parte de los vocablos propios de cada pueblo de Italia conservados sin embargo vivos bajo el dominio romano, y en menor cantidad los de las lenguas germánicas de los conquistadores, usados con especialidad para indicar armas, modos de guerra y costumbres é instituciones introducidas por ellos. La necesidad de tratar públicamente las cosas del Estado, en el cual por la igualdad civil participaban los nombres del vulgo, la necesidad que por ende nacía de dar á ellos una conveniente instrucción, el amor grandísimo á la poesía en un pueblo que surgió á nueva juventud y la tendencia natural de los poetas á la popularidad y

á la gloria, que proviene del sufragio de las multitudes, fueron las principales razones por lo cual la lengua vulgar de Italia se empezó á cultivar y á usar en la escritura al principio del siglo duodécimo. Esas primeras tentativas, como suele suceder en todas las artes humanas, fueron toscas é inciertas y así prosiguieron hasta el siglo siguiente en el cual dos grandes hogueras de doctrina y de poesía itálicas se encendieron, la una en Sicilia, donde mayormente se conservaban las huellas de la antigua cultura griega y la otra en Bolonia donde se había levantado la más célebre universidad italiana de aquellos tiempos y se cultivaba con ardor toda clase de estudios y especialmente aquellos de derecho, hechos necesarios por la libertad misma de los comunistas que requería nuevos estatutos y nuevas leyes. Puesta así en práctica y desbastada por obra de tantos escritores la lengua vulgar, no podía recibir su perfeccionamiento sino en aquel lugar de Italia donde era hablada con mayor gentileza y natural elegancia, es decir en Toscana. Y eso sucedió precisamente al final del siglo décimotercero y al principio del décimocuarto. Una vez adquirida la libertad, Florencia se pobló mucho en pocos años, se hizo rica y potente. Las riquezas, la índole excelente del pueblo, los debates mismos y las emociones de las luchas civiles habían hecho nacer el espíritu de cultura y el amor á las letras y al arte. De allí surgió, pues, la literatura popular la cual difundía por medio de las Crónicas y de las Historias el conocimiento de los pasados sucesos de aquella ciudad y lisonjeaba el amor propio y el deseo excelso de estos hijos de la noble Roma como ellos se llamaban.

Los escritores eclesiásticos en vista de que ya su latín no era comprendido por las multitudes, cuya enseñanza religiosa se le había á ellos encomendado, escribían en vulgar ó vulgarizaban las obras escritas por ellos en latín, y con las humildes y portentosas vidas de los santos, escudriñaban fuentes de nueva poesía. A sustentar la fantasía popular, á secundar la incitación que de la molice y de cierta doctrina epicúrea (que no era rara en aquel tiempo y con especialidad en las clases altas de la sociedad) recibían los hombres por lo cual se entregaban á una vida muelle, despreocupada é incrédula, á deleitar á las Cortes y por tanto á las multitudes, surgieron los novelistas, hombres de Corte y charlatanes primero, después escritores elegantes y muy expertos en el arte de narrar. Por último, al recoger los poetas las esparcidas inspiraciones que recibían de la religión, de la filosofía, de las tradiciones caballerescas fundadas en las costumbres de las gentes septentrionales y manifiestas en los cantos de las otras lenguas vulgares, del culto de la mujer asimismo de índole septentrional, y musa principal de los trovadores de Provenza, de las compañías con los cantores de salmos vulgares en las iglesias florentinas mucho antes ya instituidas, separaban la lengua poética de aquella de la prosa, la enriquecían, la ilustraban cantando las glorias de Dios y de los santos, las empresas y los amores, ó enlazando casi toda la doctrina de aquellos tiempos en una vasta y maravillosa tela cual fué la de la Divina Comedia.

Grande fué en verdad este siglo y en algunas cosas no superado después; pero la literatura no había llegado aún en todas sus partes á la perfección puesto que esta se obtiene sólo cuando el sentimiento del arte se trasmite de los pocos á los muchos y el enlace de la idea y de la forma resulta cumplido. Se podría parangonar la juventud de la literatura italiana con aquella edad en que la Grecia vió florecer á sus más ilustres poetas y á los fundadores de sus escuelas filosóficas. Pero á ella debía seguir una virilidad igual á aquella que vió la misma Grecia en el siglo de Pericles, cumplida y elegante. Y la preparación de esta tuvo su principio desde los tiempos de Boccaccio y de Petrarca, ambos estudiosos, con admirable amor, de las dos lenguas sabias de la antigüedad, la griega y la latina, é indagadores de códigos antiguos. Semejante fervor por los estudios clásicos continuó en el siglo siguiente y fué

inmensamente acrecentado por la llegada y el establecimiento en Italia de los doctos griegos fugitivos de la destrucción de Constantinopla y á la caída de su patria en poder de los turcos; por la invención de la imprenta, y por la paz de que gozaba la Italia en aquella época, en la más perfecta libertad y exenta de dominación extranjera.

Así, pues; al finalizar el siglo décimoquinto ya asomaban las señales de una nueva literatura, más imitativa que la anterior, pero superior á ella por su elegancia, primero en la Corte de Lorenzo de Medicis, donde florecían los estudios de la filosofía platónica y el amor á la poesía; después, difundiendo en cada ángulo de Italia para continuar su vida y sus milagros hasta después que ésta, perdido el sagrado bien de la independencia, se tornó en continuo campo de batalla y fué presa á cada instante de nuevos dominadores extranjeros.

Así como Augusto había recogido los frutos de una civilización cuyas semillas habían sido esparcidas en los últimos años de la República romana, del mismo modo los papas, los duques de Florencia, de Ferrara y de Urbino y otros príncipes italianos gozaban de aquello que los dos siglos anteriores habían aparejado.

La Historia entonces de una simple crónica se cambió en trabajo artístico y envidió la gloria de los grandes modelos que les habían trasmitido la Grecia y el Lacio. La filosofía depuso la áspera vestidura de la escolástica y asumió las formas graciosas y elegantes, de las cuales tenía ya ejemplo en los libros del divino Platon. La oratoria en los pocos escritores que la cultivaron no por simple ejercicio de escuela sino como cosa viva y práctica, tuvo novedad y grandeza hasta entonces desconocidos. En el campo de la poesía, se condujo á perfección el poema caballeresco, toscamente cultivado antes; se creó la epopeya clásica á imitación de la de los Griegos y Romanos; se trató de dotar de un teatro cómico á Italia y tal vez se habría obtenido buen resultado si la superflua imitación no hubiese mantenido alejados á los escritores de la observación y del estudio de la vida real. No se debe sin embargo callar que esta poesía del siglo décimosexto, por bella y elevada que fuese, no tenía ni la robustez ni el ímpetu, ni la profundidad de afectos, ni todo aquel ardor juvenil que animaba á aquella del decimocuarto. En la una, la naturaleza era mas potente que el arte, en la otra el arte sobrepusaba con frecuencia á la naturaleza; de-

fecto grave, como aquel de colocar lo convencional en lugar de lo verdadero, y de restringir la inspiración natural á confines en que no encuentran acomodo posible. Es cierto que ninguno de los poetas líricos del quinientos puede anteponerse por sus méritos á Francisco Petrarca, y sobre todos los épicos y poetas narradores de aquel siglo se levanta Dante como imagen gigantesca, cual Omero sobre toda la poesía posterior de los Griegos. Fué, en fin, siglo de perfeccionamiento y no de creación, célebre por su buen gusto y elegancia tanto en las letras cuanto en las artes, que desde las primeras tentativas de Giotto, Cimabue y Orgagna, llegaron hasta los milagros de Fray Angélico, Leonardo, Miguel Angel y Rafael; pero una vez que desaparecieron las causas que lo habían producido y hubo cesado el impulso, no tardó en precipitarse á la corrupción y dar lugar al amaneramiento y á lo exagerado, por lo cual fueron tristemente célebres las artes y especialmente la poesía del siglo decimoséptimo y puede decirse que de los últimos años del mismo decimosexto.

PROFESOR D. CAPELLINA.—Roma.

JUAN NAVARRO D.—Panamá.

CRONICA ROJA--EL INCENDIO DEL 12



EL INCENDIO DEL 12.—Trabajo de salvamento



EL INCENDIO DEL 12.—Trabajo de salvamento

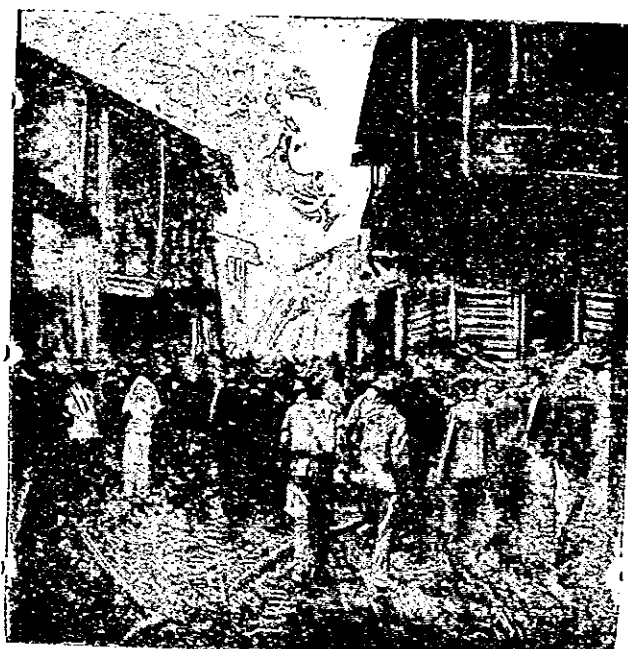


EL INCENDIO DEL 12.—Dando agua

UN escritor francés—creo que Mauricio Barres—dice en su libro *De la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte* que la poesía de los incendios, roja y terrible, es una poesía incomparable porque está hecha de sangre, sudor y lágrimas de los hombres de la tierra y por ello es hermosa. Más ó menos estas son las palabras del psicólogo francés. Bajo este punto de vista, un tanto cruel, Nerón fué un hombre de gusto encantador y los empleados de la *American Fumigation* tienen sin quererlo puesto desde hoy en la escuela literaria inglesa que con el ensayista Tomás Quincey suma el terror considerando el asesinato como una de las bellas artes.

Bajo el oro del sol, que desde el meridiano prolongaba su gualda abrasador sobre la ciudad trabajadora, en un minuto de tragedia, una llama y después mil llamas destacaban, como en el fondo de un horno, su tonalidad de ascua, lamiendo con felina voracidad casas y árboles, techos y paredes, muebles y tapices, la consola nupcial, regalo de bodas, hecha solo para el tocado del paseo; el viejo reloj que durante un siglo contó las horas y las dijo con un gesto monótono de centinela, el viejo reloj de los abuelos, el legendario reloj que supo la aventura de Walker y conoció á Núñez de Balboa; la anticuada reliquia del siglo XVII que trajo á la América el tatarabuelo canario, todo el dulce poema íntimo de las cosas de hogar, desaparecieron bajo la púrpura devoradora, ante la mirada de horror, sorda al grito de queja.

Todos los colores: desde el rojo subido, un rojo de rubí, á trechos, de fragua á ratos, un vivo rojo de fresca, y á minutos de bermellón desesperado; el blanco puro y místico del zinc; el amatista epitalámico, como una alga, como la pupila verde de ciertas panteiras, que es algo así como la lujuria del tono verde; el negro de betún, negro de pólvora, evocador de osamentas quemadas y carbón de piedra, ese negro que Emile Zola describe en la miseria de los tugurios de París, un negro descarnado de horror, de pavor, de muerte, de monstruo, que vemos en algunas telas del diabólico y divino Rembrandt y raspando esa negrura



EL INCENDIO DEL 12.—En el centro del siniestro

inmensamente acrecentado por la llegada y el establecimiento en Italia de los doctos griegos fugitivos de la destrucción de Constantinopla y á la caída de su patria en poder de los turcos; por la invención de la imprenta, y por la paz de que gozaba la Italia en aquella época, en la más perfecta libertad y exenta de dominación extranjera.

Así, pues, al finalizar el siglo décimoquinto ya asomaban las señales de una nueva literatura, más imitativa que la anterior, pero superior á ella por su elegancia, primero en la Corte de Lorenzo de Medicis, donde florecían

los estudios de la filosofía platónica y el amor á la poesía; después, difundiendo en cada ángulo de Italia para continuar su vida y sus milagros hasta después que ésta, perdido el sagrado bien de la independencia, se tornó en continuo campo de batalla y fué presa á cada instante de nuevos dominadores extranjeros.

Así como Augusto había recogido los frutos de una civilización cuyas semillas habían sido esparcidas en los últimos años de la República romana, del mismo modo los papas, los duques de Florencia, de Ferrara y de Urbino y otros príncipes italianos gozaban de aquello que los dos siglos anteriores habían aparejado.

La Historia entonces de una simple crónica se cambió en trabajo artístico y envidió la gloria de los grandes modelos que les habían transmitido la Grecia y el Lacio. La filosofía depuso la áspera vestidura de la escolástica y asumió las formas graciosas y elegantes, de las cuales tenía ya ejemplo en los libros del divino Platon. La oratoria en los pocos escritores que la cultivaron no por simple ejercicio de escuela sino como cosa viva y práctica, tuvo novedad y grandeza hasta entonces desconocidos. En el campo de la poesía, se condujo á perfección el poema caballeresco, toscamente cultivado

antes; se creó la epopeya italiana, de imitativas de la de los Griegos y Romanos; se trató de dotar de un teatro cómico á Italia y tal vez se habría obtenido buen resultado si la superflua imitación no hubiese mantenido alejados á los escritores de la observación y del estudio de la vida real. No se debe sin embargo callar que esta poesía del siglo décimosexto, por bella y elevada que fuese, no tenía ni la robustez ni el ímpetu, ni la profundidad de afectos, ni todo aquel ardor juvenil que animaba á aquella del décimocuarto. En la una, la naturaleza era mas potente que el arte, en la otra el arte sobrepusaba con frecuencia á la naturaleza; de-

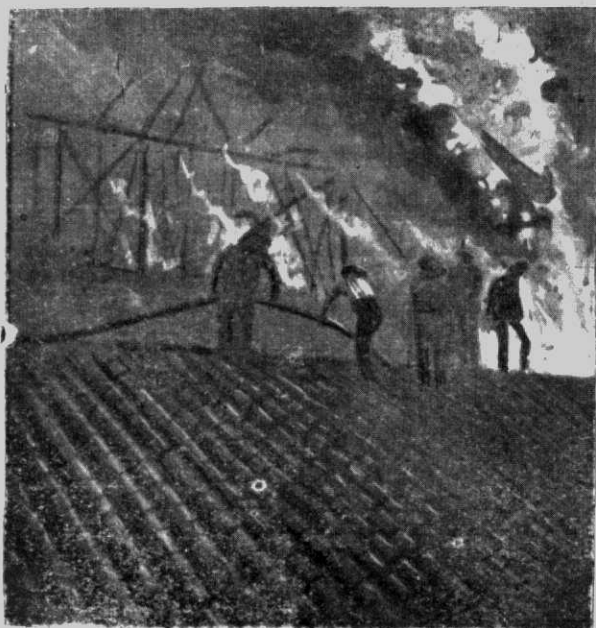
fecto grave, como aquel de colocar lo convencional en lugar de lo verdadero, y de restringir la inspiración natural á confines en que no encuentran acomodo posible. Es cierto que ninguno de los poetas líricos del quinientos puede anteponerse por sus méritos á Francisco Petrarca, y sobre todos los épicos y poetas narradores de aquel siglo se levanta Dante como imagen gigantesca, cual Omero sobre toda la poesía posterior de los Griegos. Fué, en fin, siglo de perfeccionamiento y no de creación, célebre por su buen gusto y elegancia tanto en las letras como en las artes, que desde las primeras tentativas de Giotto, Cimabue y Orgagna, llegaron

hasta los milagros de Fray Angélico, Leonardo, Miguel Angel y Rafael; pero una vez que desaparecieron las causas que lo habían producido y hubo cesado el impulso, no tardó en precipitarse á la corrupción y dar lugar al amaneramiento y á lo exagerado, por lo cual fueron tristemente célebres las artes y especialmente la poesía del siglo décimoséptimo y puede decirse que de los últimos años del mismo décimosexto.

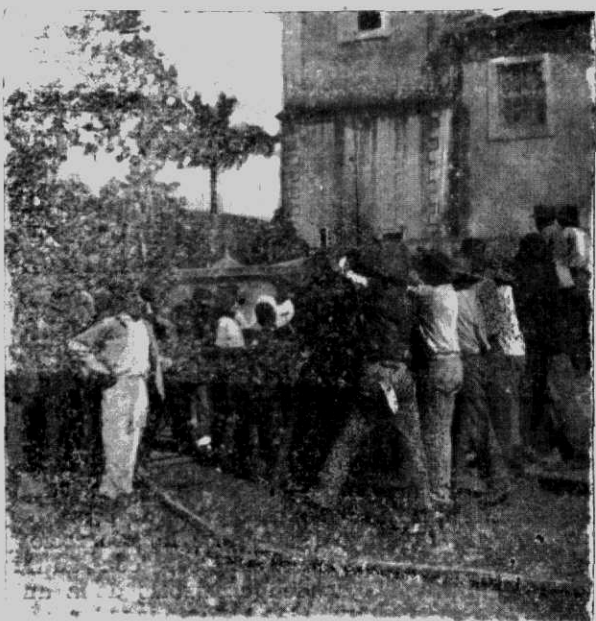
PROFESOR D. CAPELLINA.—Roma.

JUAN NAVARRO D.—Panamá.

CRONICA ROJA.--EL INCENDIO DEL 12



EL INCENDIO DEL 12.—Trabajo de salvamento

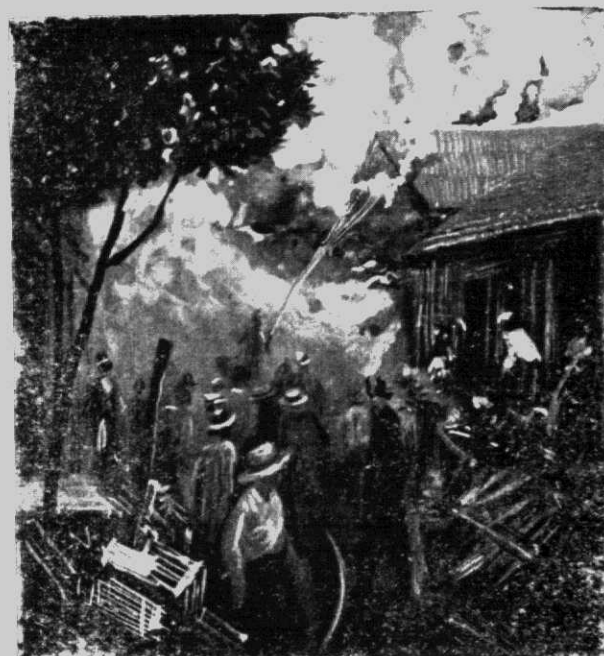


EL INCENDIO DEL 12.—Dando agua

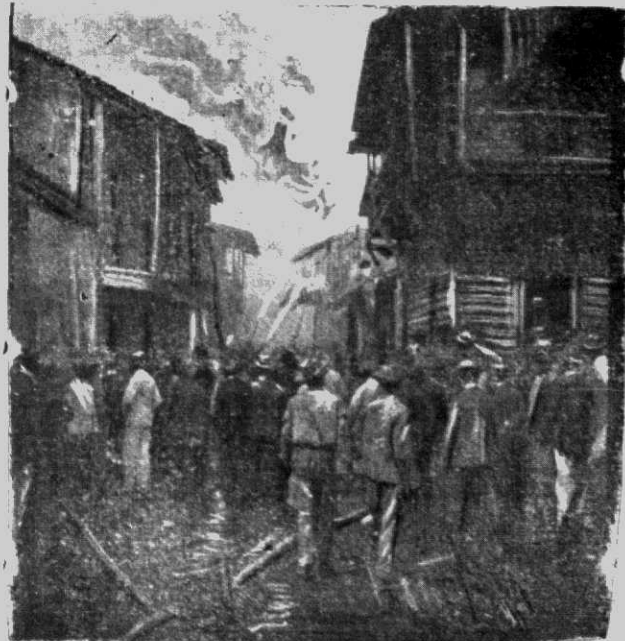
UN escritor francés—creo que Mauricio Barres—dice en su libro *De la Sangre, de la Voluptuosidad y de la Muerte* que la poesía de los incendios, roja y terrible, es una poesía incomparable porque está hecha de sangre, sudor y lágrimas de los hombres de la tierra y por ello es hermosa. Más ó menos estas son las palabras del psicólogo francés. Bajo este punto de vista, un tanto cruel, Nerón fué un hombre de gusto encantador y los empleados de la *American Fire Insurance* tienen sin quererlo puesto desde hoy en la escuela literaria inglesa que con el ensayista Tomás Quincey suma el terror considerando el asesinato como una de las bellas artes.

Bajo el oro del sol, que desde el meridiano prolongaba su gualda abrasador sobre la ciudad trabajadora, en un minuto de tragedia, una llama y después mil llamas destacaban, como en el fondo de un horno, su tonalidad de ascua, lamiendo con felina voracidad casas y árboles, techos y paredes, muebles y tapices, la consola nupcial, regalo de bodas, hecha solo para el tocado del paseo; el viejo reloj que durante un siglo contó las horas y las dijo con un gesto monótono de centinela, el viejo reloj de los abuelos, el legendario reloj que supo la aventura de Walker y conoció á Núñez de Balboa; la anticuada reliquia del siglo XVII que trajo á la América el tatarabuelo canario, todo el dulce poema íntimo de las cosas de hogar, desaparecieron bajo la púrpura devoradora, ante la mirada de horror, sorda al grito de queja.

Todos los colores: desde el rojo subido, un rojo de rubí, á trechos, de fragua á ratos, un vivo rojo de frescura, y á minutos de bermellón desesperado; el blanco puro y místico del zinc; el amatista epitalámico, como una alga, como la pupila verde de ciertas panteiras, que es algo así como la lujuria del tono verde; el negro de betún, negro de pólvora, evocador de osamentas quemadas y carbón de piedra, ese negro que Emile Zola describe en la miseria de los tugurios de París, un negro descarnado de horror, de pavor, de muerte, de monstruo, que vemos en algunas telas del diabólico y divino Rembrandt y raspando esa negrura



EL INCENDIO DEL 12.—Trabajo de salvamento



EL INCENDIO DEL 12.—En el centro del siniestro

dantesca la llama roja, como una coma satánica, figurando unas veces una boca maravillosamente sensual y otras una larga serpiente nerviosa, crepitante, febril, crispada, epiléptica.

Cruge el techo á la impulsión de la vorágine; el chorro de agua, cristalino y fresco, es un matiz más en la decoración multicolora del fuego vencedor. El cielo vierte el gris de un nublado lívido y hay un momento en que el paisaje de incendio se hace crepuscular. Diríase que va caducando la llama sorda y feral. Súbito el cuadro se ilumina de pronto. Un bombero, aparece; la franja azul se entrecree en el humo que sube en espirales milagrosas de color la cielo nebuloso. Ahora está en su plenitud: los tonos se clarean y dan la imagen cinematográfica de una apoteosis fulgurante al extenderte así oh! dios Fuego! magnífico, esplendoroso, sublime, aterrador, invencible, casi divino.

De todas las pupilas, de los mismos ojos de las víctimas, en un sonambulismo doloroso, brota una mirada de involuntaria admiración hacia la terrible Belleza; y parecen los gritos de misericordia y de alarma un hurra! al encanto implacable; un vitor compacto al incendio triunfal que se extiende, envuelto en colores, como un inefable crepúsculo en alta mar, mientras se hunde el Sol tras los alcázares de púrpura del Ocaso.

Cesó.....

Y quedaron de tanto dolor y tanto esplendor las armazones ennegrecidas alzadas al cielo, con la muda desolación de las ruínas y de los sueños crucificados.

EMILIANO HERNANDEZ.

Alma Compleja

I

El Genio alegre que el amor evoca
unió en tu ser, en conjunción que encanta,
todas las turbulencias de una loca,
todo el recogimiento de una santa.

Tu andar solemne á la oración provoca;
pero en el modo altivo de tu planta
hay algo de ese triunfo que en la roca
deja un ave que airada se levanta.

Espíritu enigmático y complejo,
muestras á veces alma soñadora
y otras un corazón gastado y viejo.

Y en esa dualidad encantadora,
no sé si triunfa tu infantil gracejo
ó tu perversidad de pecadora.

II

Tienes frivolidad de mariposa,
tienes profundidades de misterio;
te desmaya el perfume de una rosa
y aspiras el dolor de un cementerio.

Es tu boca sensual y voluptuosa,
tu mano me recuerda el monasterio;
son tus besos una agua milagrosa
y el mirar de tus ojos un cauterio.

Mi voluntad ante tu ser vacila,
porque tienes sublimes embelesos
y prácticas prohibidas de Sibila.

Mas ya que eres contraria en tus excesos,
mátame con la luz de tu pupila,
resucítame al soplo de tus besos.

RICARDO MIRO.

1906.

Floral

(PARA NONITA DE LA OSSA).

Las rosas tuvieron nostalgias de verte,
Porque fuiste reina de las ambrosías:
Flora fué tu hermana, y á las melodías
de todas las músicas se puso á quererte.

Tu vida, en aurora, simuló tu veste
de rosa que se abre al beso del día
y al acento dulce, lleno de alegría,
del pastoril cálico que va por lo agreste.

La diosa Inocencia consagró tu alma
con oleo de lirios, en el templo Amores,
y fueron contigo dichas las flores.....

El célico heraldo reina te proclama
de las rosas frescas de todos jardines,
mientras te bendicen muchos querubines!

CARRASQUILLA MALLARINO.

12-24-1905,

UN NUEVO ALMACEN

El día dos del mes actual abrió sus puertas, ya en su nuevo local, grande, lujoso y cómodo, el moderno almacén *A la Ville de Paris*, de los señores H. de Sola & Co.

La casa es antigua y muy acreditada: su engrandecimiento fruto es de su sólida reputación, de la pureza de sus especialidades y de la manera galante y educada con que se trata allí al comprador. He aquí algunos datos sobre su historia:

En Enero de 1883 el señor David Ascoli estableció el almacén con su nombre y poco tiempo después asoció—debido al incremento que tomaron los negocios—á su hermano don Marcus, girando entonces la casa bajo el nombre de Ascoli Hermanos, hasta el año de 1890 en que el señor don Herbert de Sola, hasta entonces apoderado, entró como socio.

Muerto don Marcus en Febrero de 1900 y don David en Septiembre del mismo año, el socio don

Herbert de Sola se hizo cargo de la casa que siguió girando bajo la razón social de Ascoli Hermanos & Co., pero el 1º de Agosto de 1903 se estableció la de H. de Sola & Co. de la cual son socios la señora viuda de David Ascoli, don Herbert de Sola, don Angel de Castro y don J. H. de Sola, siendo el caballero don David M. Sasso apoderado general de la firma.

La inauguración del nuevo local fué una fiesta simpática y grata. Mientras la Banda Republicana ejecutaba los himnos Panameño, Holandés y Americano, los empleados todos, llenos de vivacidad y cortesía regalaron á los visitantes calendarios, marcos para retratos, tasitas y platos de aluminio, perfumes, jabones, etc., y se rifó, gratis, una hermosa y fina máquina de coser.

El esfuerzo de los señores de Sola & Co. bien merece aplauso y nosotros se lo damos de todo corazón deseándoles prosperidad sin límites en sus negocios.



A LA VILLE DE PARIS.—Aspecto exterior del establecimiento



A LA VILLE DE PARIS.—Vista interior del establecimiento

dantesca la llama roja, como una coma satánica, figurando unas veces una boca maravillosamente sensual y otras una larga serpiente nerviosa, crepitante, febril, crispada, epiléptica.

Cruge el techo á la impulsión de la vorágine; el chorro de agua, cristalino y fresco, es un matiz más en la decoración multicolora del fuego vencedor. El cielo vierte el gris de un nublado lívido y hay un momento en que el paisaje de incendio se hace crepuscular. Diríase que va caducando la llama sorda y feral. Súbito, el cuadro se ilumina de pronto. Un bombero, aparece; la franela azul se entrevee en el humo que sube en espirales milagrosas de color la cielo nebuloso. Ahora está en su plenitud: los tonos se clarean y dan la imagen cinematográfica de una apoteosis fulgurante al extenderse así oh! dios Fuego! magnífico, esplendoroso, sublime momento, inapreciable, así diría.

UN NUEVO ALMACEN

El día dos del mes actual abrió sus puertas, ya en su nuevo local, grande, lujoso y cómodo, el moderno almacén *A la Ville de Paris*, de los señores H. de Sola & Co.

La casa es antigua y muy acreditada: su engrandecimiento fruto es de su sólida reputación, de la pureza de sus especialidades y de la manera galante y educada con que se trata allí al comprador. He aquí algunos datos sobre su historia:

En Enero de 1883 el señor David Ascoli estableció el almacén con su nombre y poco tiempo después asoció—debido al incremento que tomaron los negocios—á su hermano don Marcus, girando entonces la casa bajo el nombre de Ascoli Hermanos, hasta el año de 1890 en que el señor don Herbert de Sola, hasta entonces apoderado, entró como socio.

Muerto don Marcus en Febrero de 1900 y don

Herbert de Sola se hizo cargo de la casa que siguió girando bajo la razón social de Ascoli Hermanos & Co., pero el 1º de Agosto de 1903 se estableció la de H. de Sola & Co. de la cual son socios la señora viuda de David Ascoli, don Herbert de Sola, don Angel de Castro y don J. H. de Sola, siendo el caballero don David M. Sasso apoderado general de la firma.

La inauguración del nuevo local fué una fiesta simpática y grata. Mientras la Banda Republicana ejecutaba los himnos Panameño, Holandés y Americano, los empleados todos, llenos de vivacidad y cortesía regalaron á los visitantes calendarios, marcos para retratos, tasitas y platos de aluminio, perfumes, jabones, etc., y se rifó, gratis, una hermosa y fina máquina de coser.

El esfuerzo de los señores de Sola & Co. bien merece aplauso y nosotros se lo damos de todo corazón deseándoles prosperidad sin límites en sus negocios.

Pudor extinto

PARA GUILLERMO ANDREVE

Peluche y terciopelo tapizan la elegancia de las alejandrinas paredes de la estancia bañada en los discretos fulgores del quinqué: artísticos efectos de claridad y sombra diseñan sobre el paño mullido de la alfombra figuras de cambiantes que desbarata el pié.

Risueño en la conciencia de su coquetería mostrando los prodigios de la cristalerías perfila sus contornos el fino tocador, donde el fugaz Iberis y el turbador Eonia ofrecen, prisioneros en vasos de Sajonia, las voluptuosidades del atomizador.

Sobre de los cojines violado y escarlata del canapé formado por leones de plata, reposa Carlolina vestida de moaré;

pecaminosidades provoca su hermosura: que á veces en el talle, la cómoda postura denuncia las flexibles varillas del corsé.

En la desnuda mano mi libro de poemas, donde las margaritas alternan con las gemas y del que fluyen suaves aromas de jazmín, la ofrece con sus tímidos toques de malicia el yo no sé cuan hondo placer de la caricia que viene entre suspiros con traje de carmín.

Tras el maligno tema de la postrera hoja —latinamente pulcra, nerviosamente roja— desfloran sus mejillas geranios de rubor; se recogió la falda, se contempló los flancos, ¡aquella pudorosa de los corpiños blancos que vieran mis pupilas en bata y peinador!

MIGUEL MORENO ALBA.

Colombia-1906.

Nupcial

El 25, al amanecer, se efectuó en ceremonia privada, por causa de reciente duelo, el matrimonio de nuestro joven y sincero amigo don José Antonio Zubieta con la gentil y virtuosa señorita Dolores de la Guardia. Almas gemelas que guardan caro tesoro de amor y juventud, bien merecen toda dicha. Que empuje, pues, un viento próspero la barca en que hoy navegan hacia las eternas regiones del Bien y de la Alegría son nuestros íntimos deseos.

Exámenes

La temporada de exámenes ha terminado por completo en la capital, y todos los establecimientos de enseñanza públicos y privados, después de labor opima, cierran sus puertas hasta dentro de dos meses. Las vacaciones llegan y con ellas, en la estación hermosa que se inicia, la temporada de campo, el desfile de las familias en viaje á los pueblos más bellos del país, que son también los más cercanos ó en cambio transitorio á sus quintas de las sabanas de Panamá, que pierden con la presencia de ellas, algo de su aridez y de su monotonía.

Invitados para presenciar algunos de los exámenes verificados, de justicia nos es hacer constar que el resultado nos ha satisfecho, pues comprendemos que hay deseo verdadero en los maestros de cumplir á conciencia su tarea y estímulo en los alumnos para aprovechar la enseñanza que reciben.

Miguel Moreno Alba

Con placer publicamos unos bellos versos, dedicados como un guante de piel de Suecia y aristocráticos como una gardenia, que generosamente nos dedica Miguel Moreno Alba, el orfebre de las riberas del Magdalena, que con su libro *Lienzos* se ha hecho conocer bellamente en toda la América.

Ya un inteligente amigo nuestro se ocupó en el número anterior del libro del poeta en los más hermosos y merecidos términos, y Leopoldo de la Rosa, el melancólico bardo que tiene toda la profunda sabiduría de un faquir, nos ofrece un estudio para en breve acerca de su compatriota y compañero.

Este será nuestro homenaje á Moreno Alba, á quien agradecemos la dedicatoria de los versos y de su libro, y de quien esperamos colaboración constante para esta Revista que se sentirá con ella honrada muy de veras.



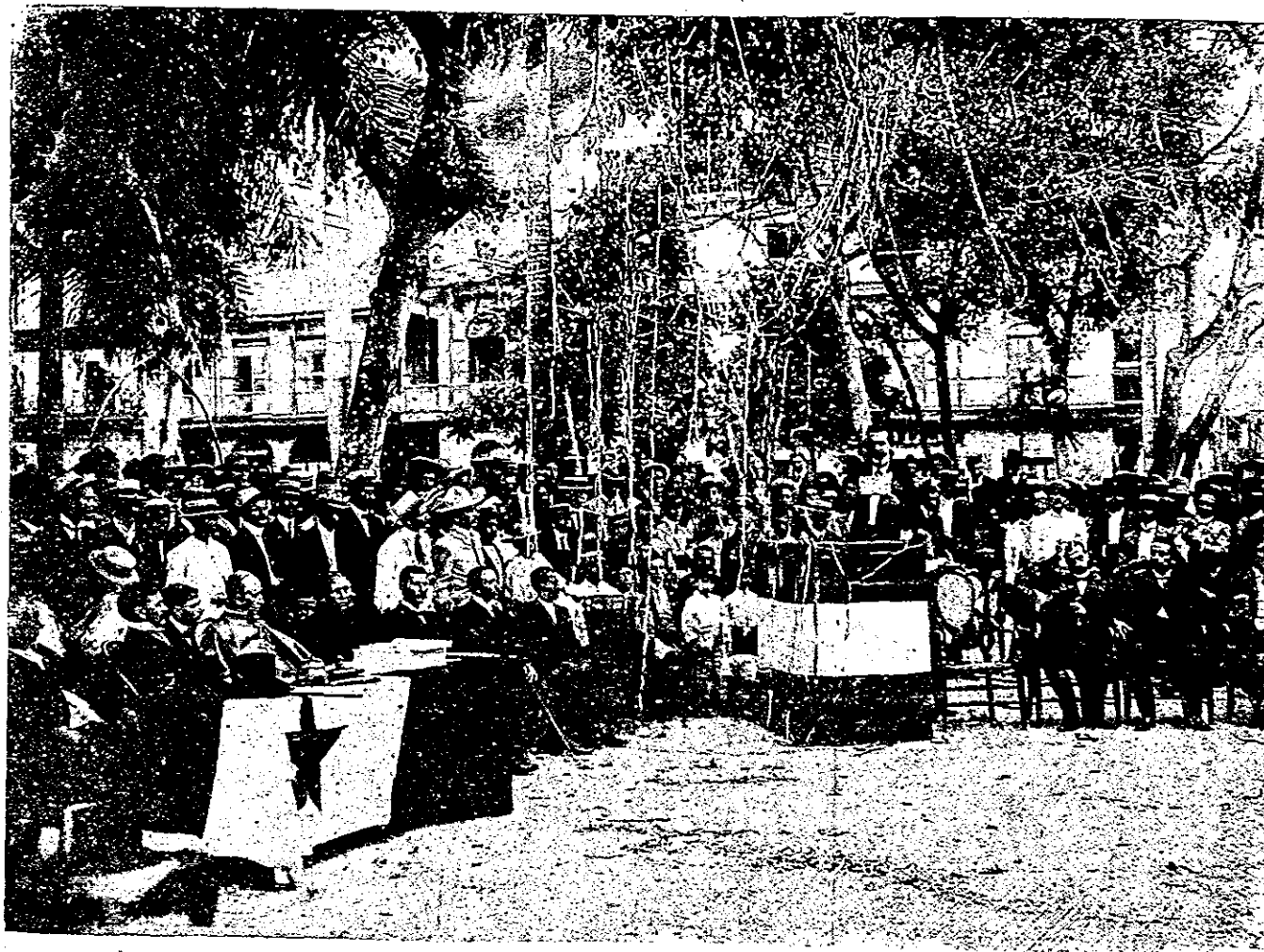
DON FERNANDO CARBAJAL

Don Fernando Carbajal

INGENIERO COMISIONADO POR EL GOBIERNO DEL PERÚ PARA ESTUDIAR LAS OBRAS DE SANEAMIENTO DEL ISTMO DE PANAMÁ.

Labor benéfica, y que habla mucho en favor del interés que viene demostrando el gobierno del Perú por el adelanto de ese país, es la que ha encomendado al ingeniero don Fernando Carbajal, que próximamente vendrá á incorporarse á las comisiones americanas que emprenderán el saneamiento en la Zona del Canal.

Podemos asegurar que el paso que hoy da el Perú, encaminado á defender su litoral de la fiebre amarilla y peste bubónica que constantemente lo anenazan, se traducirá más tarde, en el afianzamiento de sus relaciones comerciales, así como también en importante factor para la inmigración de que tanto necesita su inmenso territorio.



FIESTA MUNICIPAL.—Aspecto que presentaba el Parque de la Catedral el 21 del presente mes, durante la fiesta cívica organizada por el Honorable Concejo Municipal para conmemorar el CXXIII aniversario de la fundación de esta ciudad. La vista fué tomada en el momento de ocupar la tribuna el Concejal señor Juan D. Arosemena, designado para llevar la palabra en dicha fiesta.